

## **DOMINGO XI TO – C**

### **MIRAR DE OTRA MANERA**

Nos imaginamos la escena: La prostituta del pueblo interrumpe de pronto el banquete organizado por un fariseo para agasajar a Jesús. En cuanto la ve, Simón la reconoce y se pone nervioso. Conoce bien a estas prostitutas que se acercan al final de los banquetes en busca de clientes.

La mujer pecadora está tocando a Jesús. La reacción de Simón es de indignación, de prejuicios, de rechazo y de escándalo porque según él, aquella mujer es una indeseable a la que habría que alejar rápidamente del Profeta. La reacción de Jesús, por el contrario, es de acogida y comprensión. Sólo parece ver en ella un ser necesitado de amor, reconciliación y paz.

Esta actitud constante de Jesús, descrita a lo largo de todo el evangelio de san Lucas, de acogida a los que parecen excluidos de antemano del Reino de Dios, nos ha de obligar a los cristianos a revisar nuestras actitudes hacia ciertos sectores y grupos a los que parece que negamos el derecho de acercarse a Jesús.

Entre estos grupos hay uno del que los cristianos apenas nos atrevemos a hablar: el mundo de los homosexuales y las lesbianas. Un mundo que las Iglesias han preferido casi siempre silenciar, mientras, socialmente, eran objeto de distorsiones, desprecios y persecución.

Apenas ni una palabra de esperanza. Sólo condenas y anatemas para reducirlos a la oscuridad, al silencio o al desprecio de los demás. Dónde han podido escuchar una palabra que les hiciera sentirse llamados también ellos al Reino de Dios? Cuándo han podido saber que Dios es también para los indeseables de la sociedad? Quién les ha abierto un acceso al Evangelio?

Y, sin embargo, también los homosexuales y las lesbianas tienen derecho al Evangelio y a la compasión, aunque esta simple afirmación suene de manera extraña y escandalosa a los oídos de bastantes cristianos.

Las comunidades cristianas nos hemos de preguntar qué ayuda hemos ofrecido a estos hombres y mujeres para crecer en madurez humana y

en responsabilidad cristiana. Qué mensaje han podido escuchar de nosotros para vivir su homosexualidad desde una actitud responsable y creyentes como cada cual tiene que vivir su propia realidad.

No basta con adoptar una postura de condena o rechazo ni se puede juzgar de manera total y absoluta la vida de una persona reduciéndola a su sexualidad, sin tener en cuenta otros valores y dimensiones de su personalidad. El sexo es importante, pero no lo es todo en la persona.

No se trata de silenciar las exigencias del evangelio a estos grupos, sino de anunciar y ofrecer también a estos hombres y mujeres la posibilidad de que descubran en Jesucristo su propia dignidad, la aceptación responsable de su condición hecha así y la acogida liberadora que se les ha negado casi siempre en la sociedad.

Quizás tengamos que cambiar nuestra manera de mirar a la gente. Quizá cada uno nos vamos configurando una moral a nuestra propia medida. Una moral cómoda desde la que juzgamos duramente a los demás al mismo tiempo que nosotros nos sentimos siempre justos.

Esta puede ser nuestra gran equivocación. La del fariseo Simón, un hombre que, desde sus propios esquemas morales, juzga duramente a la mujer "pecadora", mientras es incapaz de sospechar que también él es pecador y necesita vivir del perdón y de la acogida.

La persona que siempre se siente justa y cree que no tiene necesidad de perdón, se halla en peligro. Es una persona que corre el riesgo de deshumanizarse poco a poco. Sabe juzgar, condenar y despreciar. Pero no sabrá acoger, comprender y ayudar.

El perdón de Jesús a la mujer pecadora no es un rito rutinario de "absolución de pecados". Es mucho más. Frente a la visión legalista del fariseo Simón y frente a sus capciosos planteamientos que buscan todo, menos el bien real de la mujer, Jesús que sólo quiere para ella la vida, la libera de su humillación, le devuelve su dignidad, la renueva por dentro y le abre un nuevo horizonte: *"Tu fe te ha salvado. Vete en paz."*

Hoy Jesús nos enseña a mirar a las personas de otra manera. Si no cuidamos nuestra manera de mirar, es fácil que nuestra mirada sea la propia de un juez o de un moralista. A algunos los miramos con simpatía y cariño, son personas buenas, agradables, nos caen bien. A otros, sin embargo, les miraremos con recelo, no son de fiar, no son personas de bien. son personas que se han alejado de la religión, no están casados por la Iglesia, son de izquierdas, son personas poco

morales, desviadas, los miraremos con rechazo y tal vez los condenaremos dentro de nuestro corazón. Por eso hoy Jesús nos invita a mirar a las personas como él las miraba.

Cómo miro yo a la gente?

Sé mirar a las personas con cariño y sin prejuicios?

Sé disculpar sus errores?

Sé comprender y perdonar?

Me dejo enseñar?